

P. ROBERTO FAVRE, A. A.

EN MEMORIA DE ELLOS

**Carlos Antonio Di Pietro y Raúl Eduardo Rodríguez,
religiosos asuncionistas desaparecidos el 4 de junio de 1976.**

Religiosos Asuncionistas
Provincia Nuestra Señora de Lourdes
Buenos Aires y Santiago de Chile
Junio 1996

4 DE JUNIO DE 1976

La luz amanecía
en la mañana aquella del otoño,
cuando llegaron despertando el barrio
detrás de los postigos entreabiertos.

Los coros, entonces, callaron los salmos
y se quebraron,
sobre los techos de la casa humilde,
las alas de los ángeles.

(Un tenue manojo de trigos
espigaba
en sus manos intactas y limpias
y en un pedazo de cielo,
pintada con sangre de mártires,
el alba extasiada rompió los cerrojos.)

Pero ellos cabalgan estrellas
junto al jinete de la doble espada
y pisan sus plantas desnudas
lagares morados en sangre de Cristo.



Composición
en homenaje
a Raúl y
Carlos Antonio.

Contemplándola,
el P. Luis Ramón
Rendón,
su compañero de
comunidad
en el momento
de los
acontecimientos.

(Santuario de
Nª Sª de
Lourdes,
Santos Lugares,
Buenos Aires)

OFRENDA Y MEMORIA

Al escribir estas páginas sobre Carlos Antonio y Raúl, nuestros hermanos desaparecidos el 4 de junio de 1976, me mueve el deseo vehemente de que guardemos su memoria. Así lo hicieron en el pasado los que redactaron las "actas de los mártires" de la Iglesia, celebrando la vida de Jesús en ellos.

Es la memoria que los mantiene presentes y vivos para la vida de quienes celebramos su Paso. Sin esta memoria nos moriríamos nosotros, aunque ellos vivan gracias a la memoria del Cristo al que están unidos en la muerte y la resurrección que esperan.

Escribir estas páginas constituye un privilegio que no puedo negarme. Me lo otorga la cercanía desde la cual viví los hechos que voy a evocar. Pero es un privilegio que implica responsabilidad. La responsabilidad de transmitir con fidelidad mi testimonio a otros hermanos.

Han pasado veinte años. Veinte años después de los cuales sigue sorprendiéndonos la densidad de lo acontecido. Veinte años en los cuales se pensó a veces que la media palabra era la forma de protegerse de más heridas. Pero es tiempo de ofrecer este testimonio, porque hay motivos para hacerlo.

Hacer memoria de aquellos que dieron su vida es seguir entregando, con ellos, esa vida que ofrendaron unida a la de Cristo, con el que se identificaron totalmente. El martirio es acabamiento de la configuración bautismal con el Cristo muriente y resucitante.

A los bautizados, Jesucristo nos ha dejado la Eucaristía para que hagamos memoria de Él: "Hagan esto en memoria mía", y para que al hacerla se despliegue toda la gracia del Bautismo. No se trata de una simple invitación a repetir el rito; lo repetimos, pero más allá del gesto ritual está la realidad evocada en el rito que

obtiene de ella su sentido. Se trata, por eso, de una invitación a actuar como Jesús, entregando la vida de uno mismo junto con Él, que entrega la suya: "Hagan esto que Yo hago; es decir, la entrega de su propia vida. La Resurrección y la Venida del Señor están así siendo participadas por el cristiano que da su vida como Jesús.

Sin esta entrega del cristiano que intenta celebrarla, la Eucaristía -en cuanto participación del cristiano en el misterio de Cristo- es falsificación de lo que Cristo realizó. Y se troncha, sin fruto, la gracia del Bautismo. La memoria debida a Cristo es también memoria del mártir y de todo aquél que en la muerte se configuró con Él.

A quienes lean las páginas que siguen, quiero decirles una palabra de sinceridad y de afecto: Las escribo mirando al Cristo de la Cruz, y lo hago con la esperanza del amor y del perdón. Del amor que busca la verdad, pero que está siempre abierto al perdón del error y del pecado que acompañan la vida de los hombres. Aun de aquellos de quienes recibimos dolor. Carlos Antonio y Raúl nos dejaron de ello un testimonio vivo.

R. F.

1. SIGUIENDO A JESÚS.

CARLOS ANTONIO

*Disponibilidad al Espíritu Santo y
confianza en lo que Dios pide a la vida religiosa.*

Carlos Antonio Felipe Di Pietro nació en Buenos Aires el 8 de agosto de 1944. Hijo de Antonio, fallecido en 1970, y de Otilia Otero, fue bautizado el 5 de noviembre del año de su nacimiento, en la Parroquia Sma. Trinidad, de la Av. Cabildo.

Hijo único, sus padres adoptaron a una niña antes que él ingresara en la comunidad asuncionista de La Lucila (Prov. de Buenos Aires); pero esta hermana adoptiva, que no gozaba de muy buena salud, falleció algunos años después de la desaparición de Carlos Antonio.

El 6 de marzo de 1967, a la edad de 22 años y medio, sintiéndose llamado a la vocación religiosa y sacerdotal, ingresó en el Centro Vocacional que los Padres Asuncionistas tenían en La Lucila. Según su propio testimonio, decidió su vocación movido por la influencia que sobre él ejercía aquella comunidad.

Antes de responder al llamado de Dios, trabajaba ya desde los 17 años. Después lo seguirá haciendo en los períodos de vacaciones y, en los últimos años, buscó y tuvo la oportunidad de alguna modesta ocupación que le permitía ayudar al sostenimiento de la casa.

Estudiante y novicio.

Sus estudios del secundario no tuvieron la regularidad normal y debió terminarlos en 1970, en el Colegio Nacional Domingo Faustino Sarmiento. A continuación comenzó el noviciado, para hacer los primeros votos el 25 de marzo de 1972, "hasta la Profesión perpetua".

El noviciado fue un tiempo de progreso, especialmente en lo que hace al desprendimiento de las cosas consideradas superfluas; al atractivo apostólico que va despertando en él; a la aceptación de unir su voluntad a la de los demás; al afianzamiento de la libertad personal; a la percepción más clara del llamado de Dios. Todo ello, a pesar de que le cuesta poner en práctica ciertas exigencias, como la tolerancia y la disciplina en el estudio.

Los estudios regulares de filosofía y teología los cursa en la Facultad de Teología de la Universidad del Salvador, en San Miguel, sin llegar a terminarlos, como resultado de su desaparición forzada. Las notas que obtiene lo exhiben como un alumno con capacidad suficiente pero no sobresaliente. Lo que no le impide desempeñarse como ayudante de la cátedra de teología en la Facultad de Medicina de la misma Universidad.

Vida de comunidad apostólica.

Cuando iba a comenzar el año de noviciado, preparatorio a los votos religiosos, se encontraba ciertos defectos de humor, de tosudez, de indolencia, decía él mismo. Sin embargo, se lo veía contento y sus superiores podían constatar que para Carlos Antonio la vida de comunidad era como un motor de crecimiento personal. Algunos años después, esos mismos superiores podían decir que era amable en comunidad, donde se convertía en factor de unidad. Y una vez superado cierto negativismo que había manifestado en los comienzos, se mostraba capaz de responder con acierto a las dificultades que se le podían plantear.

Si la misma comunidad advertía que Carlos Antonio gravitaba positivamente sobre ella, él era capaz de pensar que "el Espíritu Santo está dejando pudrir muchas cosas; lo que demuestra que aquello que Dios hará renacer será maravilloso para la vida religiosa y la vida comunitaria".

"Carlos Antonio se presenta fundamentalmente como un creador del clima comunitario", afirmaba uno de sus compañeros cuando él se preparaba para la Profesión perpetua. "Es decir, que en él prima sobre todo lo afectivo, el esfuerzo por hacer de la comunidad un hogar, un ambiente apto para la comunicación, el diálogo, la alegría".

Pero ese clima que ayudaba a crear entre los hermanos parecía desbordar naturalmente de su alma de apóstol, para llevarlo a "compartir la vida con los más humildes y organizar a los jóvenes en su necesidad de reflexión", agregaba otro testigo de aquella época. Un matrimonio compañero suyo de misiones en el interior del país, decía de él que naturalmente "se fue convirtiendo en el motor del equipo, gracias al equilibrio que le infundía su amor a Dios y al ser humano". Por eso no los sorprendió que, "una vez que un amigo le preguntó qué esperaba de la vida como futuro sacerdote, respondió que desearía poder querer mucho". Para ellos, esta respuesta daba una idea de lo que Carlos Antonio, en tanto que cristiano, pensaba acerca de la libertad.

Consagración definitiva.

Al ir avanzando hacia la consagración definitiva, debe decirse que ama sinceramente a la Congregación y que ha aprendido a valorar el sentido de Iglesia

descubierto en ella; por lo cual "ansía hacer la Profesión perpetua", expresa al Superior regional. No obstante ello, echa de menos una visión más utópica, dice, que le gustaría encontrar en la Congregación. Pero agrega, por otra parte, que es en la Asunción donde ha descubierto las posibilidades de creatividad que se dan en la vida religiosa; las cuales, para su realización, dependen de Dios, de uno mismo y del tiempo.

"Es una realidad sentir en mi el llamado del Señor para consagrar mi vida a Él y a los hermanos, realizando esta consagración en el marco de la vida comunitaria, ya que la considero un signo de Dios y de los tiempos que vivimos, cuando todo tiende hacia la unidad, signo evidente del Espíritu Santo. Considero que la mano de Dios ha obrado grandes cosas en mí, a pesar de mi miseria y mis carencias. Es por estas razones y muchas otras que no son muy explicables, que deseo hacer pública mi Profesión asuncionista para el servicio que sea necesario en la Iglesia, para la construcción del Reino y la realización de los valores evangélicos", decía en su pedido.

El 30 de noviembre hizo la Profesión perpetua en el Santuario de Lourdes de Santos Lugares, que le fue recibida por el P. Julio Navarro, entonces Provincial. Seis meses más tarde sería su Pascua definitiva.

Los consejos evangélicos no constituyen una mera fórmula. En ellos se expresa esa elección que separa, dedica, llama a seguir y une. Carlos Antonio vive la pobreza como una fuerte exigencia y al mismo tiempo con la sencillez propia de los pobres; la obediencia es para él, sobre todo la búsqueda apasionada de la voluntad de Dios, junto con los hermanos; el celibato lo vive con serenidad, como la actitud propia del amor que se da para el servicio de los demás.

El apóstol.

En la Asunción, la vida religiosa tiene como objetivo el crecimiento del Reino de Dios en nosotros y alrededor de nosotros. Por eso, aun si se aprecia la oración como una forma privilegiada de la vida asuncionista, en la Congregación se considera el apostolado como elemento esencial para la realización del Reino.

Ese servicio del Reino al que se entrega el religioso, puede tener a veces una proyección modesta a los ojos de los hombres; pero será siempre importante, si lo

anima el verdadero espíritu de fe. Como cuando Carlos Antonio se ponía al servicio de la Liturgia, como guía o ejecutor de la guitarra. O como animador de grupos de jóvenes; lo que solía hacer junto con Raúl. Más tarde, en el Barrio Luna (Villa Tesei), a donde se trasladó con Luis Ramón Rendón y Paul Smolders en 1974, y en La Manuelita (San Miguel), donde formó comunidad con los mismos y con Raúl y Jorge Adur, hasta el 4 de junio de 1976.

Con su personalidad sencilla y mucho espíritu religioso, compañero y naturalmente amigo, no le resultaba difícil insertarse en los lugares donde la Providencia lo ponía. Ya cuando pidió hacer la Profesión temporal, pudo expresar que tenía confianza en la Asunción; que se sentía llamado a trabajar con los más pobres; que confiaba en el Espíritu de Dios, el cual sabría encaminarlo en cada tiempo.

Fue uno de los numerosos misioneros de AMA (Acción Misionera Argentina), que daban generosamente su tiempo y sus fatigas para anunciar el Evangelio en las regiones más apartadas del país. Participó al menos de varias de estas misiones y fue jefe del Equipo Lavalle (Diócesis de Goya, en la Prov. de Corrientes). Un matrimonio que misionó con él daba el siguiente testimonio: "[...]conocimos a Carlos Antonio cuando ingresamos a AMA [...] Él pertenecía también a la Acción Misionera Argentina y se dedicaba a llevar la palabra de Dios a pueblos humildes del interior del país". Junto a él, "sentíamos la necesidad de vivir de modo concreto el cristianismo". En la misión, "nos dábamos cuenta de la importancia que él le daba al tener fe; al hecho de que el hombre tenga fe, la viva y la trasmita como testigo de unidad y de vida".

Hombre de oración.

Aquellos que lo conocieron y estuvieron cerca de él pueden decir que Carlos Antonio era hombre de oración y que buscaba con ardor las manifestaciones del Espíritu en su vida. Como hombre reflexivo e interior, consciente del llamado de Dios, sabía darse tiempos fuertes para la oración.

Piadoso; con una devoción tierna y filial a María, ella estaba en el centro de esa oración que le hacía percibir la presencia de Dios. Amaba la soledad y la meditación sin sustraerse por eso del trato con la gente y mirando los acontecimientos con espíritu de fe. Al ir descubriendo la importancia de la oración para su vida, comprueba también que ésta es difícil y que Dios es muy exigente.

Lo alcanzan entonces los temores propios del que se arriesga en la aventura espiritual; pero la oración se le revela como la posibilidad del encuentro real y efectivo con su Señor, llevándolo a dominar poco a poco esos temores.

"Lo que en Carlos Antonio aparece con mayor fuerza es una visión muy confiada de lo que Dios pide a la vida religiosa [...] y, por otro lado, una gran disponibilidad y apertura a lo que el Espíritu le va mostrando. Es esta profundidad de su vida religiosa lo que le da conciencia de las necesidades de los hombres y de la Iglesia en la Argentina", dice uno de sus compañeros. Mientras otro agrega que esa misma profundidad "lo hace sentirse optimista respecto de la vida religiosa y, en especial, de la vida asuncionista, a la que considera abierta hacia formas más sencillas y fraternas. Lo que hace que se sienta interesado por el porvenir vocacional de la Asunción".

RAÚL

*"La vida consagrada es un don
y un servicio. En ella pude compartir mi vida
y crecer como hombre y como asuncionista".*

Raúl Eduardo Rodríguez nació en Lobos (Prov. de Buenos Aires), el 29 de marzo de 1947. Sus padres, que ya habían fallecido cuando él decidió seguir la vida religiosa, fueron Juan y Elvira Catelani. Bautizado en la Parroquia San Juan Bautista, de Roque Pérez, el 12 de julio de 1947, fueron sus padrinos Adolfo Corsi y Sara J. de Corsi.

El 1º de octubre de 1967, cuando tenía 20 años y medio de edad, ingresó en el Centro Vocacional de los Padres Asuncionistas, en La Lucila, después de obtener noticias de la Congregación por medio de un aviso que se publicaba en el semanario "Esquiú".

Había trabajado bajo dependencia desde que tenía 15 años; al menos durante algún tiempo, lo había hecho en una tienda de su Lobos natal. Fue una experiencia que le ayudó para aprender a manejarse con el dinero y descubrir su entorno.

Estudiante y novicio.

El período que transcurre en el Centro Vocacional hasta el comienzo del noviciado, le sirvió a Raúl para afianzar su personalidad y descubrir otra imagen de Dios y de la vida cristiana. Maduración humana, comunicación con los demás y progreso en los estudios avanzan al mismo tiempo; lo que le ayuda a sentirse más seguro. Los inevitables roces de la convivencia lo estimulan para que vaya moderando exigencias e ironías y él, que al principio desconfiaba de sus condiciones para la vida comunitaria, va descubriendo que ésta le brinda nuevas posibilidades de crecimiento personal.

En sus primeros años en La Lucila, Raúl cursó regularmente 1º, 2º y 3º años en el Colegio Nacional Domingo Faustino Sarmiento y rindió como alumno libre los años 4º y 5º; lo que le permitió obtener el diploma de bachiller.

Los estudios de filosofía y teología los cursaba en la Facultad de Teología de la Universidad del Salvador, en San Miguel, pero no llegó a terminarlos, como consecuencia de su desaparición el 4 de junio de 1976.

Inteligente, agudo en sus análisis y claro en la forma de expresar su pensamiento; amante de la lectura, especialmente cuando ésta le permitía conocer mejor al hombre, sentía preferencia por los temas filosóficos.

Buen estudiante, deseaba seguir estudios especiales y, de hecho, al mismo tiempo que concurría a la Universidad del Salvador, había comenzado a cursar filosofía en la Universidad Nacional de Buenos Aires.

En esta época, Raúl solía experimentar cierta desconfianza y desaliento. En parte tal vez, esto pudo ser una manifestación de su temperamento; pero también una consecuencia de las mismas exigencias que se imponía. Sin embargo, no era un hecho que lo afectara de manera profunda y, al ir desarrollando sus dones interiores, con sinceridad, lealtad y conocimiento de sí mismo, pudo sentirse a gusto en la Congregación, a la que amaba.

En marzo de 1972, Raúl pidió ser admitido a la Profesión de los votos temporales, para incorporarse a la Asunción como religioso y "poner al servicio de Dios en la

Congregación mi persona y mis esfuerzos para realizar la construcción del Reino de Dios", decía. Pues, "confío que la Congregación continuará siempre con su espíritu de libertad y de apertura, lo cual le permitirá crear modos nuevos de apostolado allí donde el Espíritu Santo y las necesidades de los hombres lo indiquen".

Hombre comunitario.

La vida fraterna, en la cual Raúl volcaba su alegría, era sentida por él como una necesidad personal; sin que por ello idealizara las relaciones con los demás ni claudicara en la búsqueda de la libertad interior, en el diálogo y la comunicación.

Sencillo, exigente pero caritativo, sincero pero delicado, los defectos que podía tener eran como la contracara de sus virtudes. Pero a medida que iba ganando en seguridad, se iba manifestando en él un mayor equilibrio. Sus disposiciones positivas lo impulsaban a trabajar en vistas de una comunidad viva y unida, donde la fuerza de la oración y las relaciones entre las personas dinamizaran el compromiso con el hombre.

Constructor de la comunidad desde la reflexión y la oración, también necesitaba de ella como de un marco de referencia. ¿Un rasgo de su personalidad, en el que se podrían rastrear las señales del chico que perdió a sus padres siendo todavía muy joven?

Las condiciones de hombre comunitario que poseía Raúl eran percibidas también fuera del grupo de sus hermanos de comunidad. En un testimonio sobre él, se expresa que la forma cómo Raúl sabía relacionarse con otras personas parecía a veces intrascendente o infantil; pero era, no obstante, profunda y se la notaba sostenida por el interés del otro. El mismo testimonio agregaba que, para Raúl, lo mejor que podía ofrecer en sus relaciones era la alegría; la alegría cristiana, en la que se reflejaba su paz interior. Porque él buscaba el encuentro con los demás a la luz de la verdad.

El apóstol.

Experiencias modestas y aparentemente insignificantes van modelando su alma de apóstol. Algunos compañeros del Nacional Sarmiento; un grupo de señoras

mayores... Éstos eran los primeros actos de "arresto" del que comenzaba. Estas primeras experiencias lo hacen sentirse feliz, pero también le ayudan a descubrir que el apostolado exige profundidad y responsabilidad. Su respuesta consistió en darse con sencillez y humildad y se sintió estimulado para seguir.

En 1969 y 1970, junto a Carlos Antonio, animaba a un grupo de jóvenes que funcionaba a modo de comunidad de base. Igual que antes, percibe la magnitud de su responsabilidad y, en consecuencia, se impone conocer las técnicas necesarias para la conducción de grupos y poseer los conocimientos que le permitan fundamentar lo que desea transmitir. No cree que deba ser "perito", pero sí que debe equiparse y exigirse. El diálogo, la reflexión personal, la oración y la evaluación de su trabajo lo ayudan a responder a esas exigencias.

En La Lucila y La Manuelita, se desempeñó eficazmente como catequista. Pero, entendiendo el apostolado como algo que ha sido confiado a la entera comunidad, nunca pretendía hacerlo su parte a él reservada.

Los que lo conocieron pudieron decir que las personas que se acercaban a él "solían experimentar el deseo de buscar a Dios". Y que "su inteligencia estaba puesta al servicio del conocimiento de la Palabra divina y la entrega de este conocimiento a los demás; pero le 'calzaba' mejor el trabajo con adultos, más maduros y reflexivos".

Su sensibilidad no común lo hacía capaz de percibir la interioridad de las personas y lo llevaba a dar de sí todo lo que le era posible, sin pretender imponerlo. Sus dones humanos se veían en el esfuerzo permanente de servir a los hermanos, aun a costa de sacrificios y renunciaciones.

Por otra parte, su influencia sobre los más jóvenes fue creciendo y esto permitió que sus superiores lo llamaran para incorporarse al equipo de formadores.

Profesión perpetua.

En 1975, cuando pide hacer la Profesión perpetua, después de los tres años de votos temporales, dice que "he encontrado un espíritu que nos habla de libertad, de servicio, de fidelidad al Señor" y "he recibido una acogida cálida y fraternal, gracias a la cual pude compartir mi vida y crecer como hombre y como

asuncionista". En la Asunción "encontré hombres que con su vida me demostraron que la vocación religiosa es un don y un servicio al pueblo de Dios".

Hizo la Profesión perpetua junto con Carlos Antonio, en Santos Lugares, el 30 de noviembre de 1975 y recibió sus votos el P. Julio Navarro, entonces Provincial.

A esta altura de su vida se descubre en Raúl una personalidad que le permite poseer el dominio de sí mismo y de la relación con los demás. En su actuación en el Consejo Pastoral de la capilla de la Lucila, que integraba con otros religiosos y laicos, se lo veía como hombre de Iglesia, cuyas opiniones revelan profundidad de pensamiento, deseo de unión y amor a la Iglesia.

Hombre de oración y reflexión.

El aspecto más notorio de la personalidad de Raúl era el de su gusto por la oración, apoyado en aptitudes naturales de reflexión y sensibilidad para la vida teológica, el silencio y el recogimiento. Con ello contribuía a sostener la oración de la comunidad, aunque ésta le resultaba más difícil. Pero, tal vez como expresión de la conciencia que tenía de Dios y de sus limitaciones personales, expresó alguna vez el temor que le causaba la santidad.

Persona de pocas pero justas palabras, su tendencia a la contemplación podía parecer que lo separaba de los demás; pero él revertía esta impresión, llevando al plano de la fe su vida de relación. Y, por otra parte, integraba en esa oración a los hombres y al mundo que Dios quiere salvar.

Un matrimonio amigo de la comunidad se expresaba respecto de él: "Raúl nos impresiona como un ser esencialmente religioso, con una natural inclinación a la contemplación y la oración. Pero su espiritualidad no es intemporal, sino encarnada en el hoy y aquí y en sus conversaciones se traduce el interés y la preocupación por el hecho político y social.

"Tiene una particular agudeza y capacidad de indagación en la personalidad y la psicología de quienes lo rodean. Diríamos que descubre con facilidad al otro. Y con un sentido del humor muy propio, muchas veces nos ha enfrentado con nuestras realidades y limitaciones. Esa capacidad de 'calar' al otro le permite tender con facilidad puentes de comunicación que lo relacionan sólidamente. Su

agudo sentido del humor (que pareciera traslucir una actitud de alegría ante la vida), unido a su forma de ser cálida, son dos rasgos muy suyos, que hacen sentir cómodo y querido a quien está junto a él.

"Valora y respeta la verdad", prosiguen los mismos. "En lo religioso, esto se traduce como una actitud de búsqueda y profundización. Prefiere no arriesgar opiniones en vez de improvisar. Es un rasgo muy suyo la sinceridad. Todo esto lo vuelve naturalmente reservado. De Raúl se tiene más bien la imagen de una persona callada y reflexiva, que la de una naturaleza comunicativa; pero ello no crea vallas en su relación, porque está disponible y es sensible frente a los problemas de los demás. Se adivina su calidez humana en muchos gestos y actitudes muy suyos, que aseguran una relación con mucho de afecto genuino que sale de adentro.

"Tiene una actitud naturalmente afectuosa con los pobres, con quienes se comunica genuinamente".

2. LOS AÑOS '70.

La Lucila.

La casa de los asuncionistas en La Lucila, se estableció en marzo de 1953, con el nombre de Escuela Apostólica San Agustín, como continuación de la que hasta entonces había funcionado junto a la Parroquia San Martín de Tours, en la ciudad de Buenos Aires. Recibía entre 20 y 30 (no más) niños y adolescentes "aspirantes" a la vida religiosa, que allí completaban la educación primaria y secundaria. Pero esta fórmula había comenzado a no parecer la más adecuada a las circunstancias de unos tiempos en mutación; de modo que en 1968 se la abandonó. A partir de ese año ya no recibirá a niños; los aspirantes a la vida religiosa serán, en adelante, jóvenes que hayan terminado los estudios secundarios o que, sin haberlos terminado, posean al menos esa madurez que da una cierta experiencia de la vida y del trabajo.

La casa, que ocupó los edificios que habían alojado a la Casa de la Obrera, más otros que se construyeron unidos a éstos, se encontraba situada en un barrio de clase media, con chalets y casitas coquetas, junto a algunas otras con pretensiones mayores.

Hacia los barrios pobres.

El clima reinante en el país durante la década de 1970, ya no era el mismo de los años '50. Desde el derrocamiento del Presidente Juan D. Perón (1955), pasando por gobiernos *de facto* y civiles con escasa legitimidad, se había llegado a los años que siguieron a la caída del Presidente Arturo U. Illia, defenestrado por el alzamiento militar de 1966, y que van hasta el regreso de Perón al gobierno (1973) y la asunción de la Presidenta María Estela Martínez de Perón (1974).

Detrás de todos estos hechos se dibujaba un fondo de injusticia, de aniquilamiento de la libertad, de depresión de las condiciones de vida de las clases medias y populares. Pero detrás de ellos estaban no sólo los problemas de una sociedad que se debate; la "doctrina de la seguridad nacional", impuesta por los Estados Unidos de Norteamérica, pretendía legitimar y sostener los regímenes militares que imperaban en América latina.

Era un clima caldeado igualmente por la agresión del comunismo, en pugna por alcanzar el control del poder mundial. Fidel Castro y la China de Mao asechaban. Más tarde se irán agregando a ese caldo bullente, en el plano internacional, los nacionalismos del mundo musulmán.

En medio de este ambiente que apenas insinuamos aquí, surgen en la Argentina las organizaciones guerrilleras, compuestas muchas veces por elementos de heterogénea procedencia ideológica, militando frecuentemente en curiosa amalgama de izquierdas y derechas. Se vivía un clima de gran confusión y engehecimiento. La violencia alcanzaba formas, procedimientos y niveles propios de la locura; tanto de parte de la guerrilla como de parte de la represión armada y la persecución ideológica hechas desde el Estado. Sin embargo, éste decía inscribirse en la línea de una filosofía "occidental y cristiana".

Un sector muy amplio de los cristianos siente la urgencia de estar presente allí

donde se amasa la vida de los argentinos. Los religiosos y las religiosas, por su parte, pasando ineludiblemente por momentos duros, hacen un enorme esfuerzo para poner sus efectivos y recursos al servicio de una pastoral que tenga como destinatarios privilegiados a los sectores postergados. Es un esfuerzo que se hace más notable, sobre todo, en el traslado de personas y comunidades hacia los barrios periféricos de las grandes ciudades y las zonas más abandonadas del país. Empieza a ponerse en práctica, con notables aciertos y con los inevitables errores que supone semejante empresa, lo que el Episcopado latinoamericano llamará la "opción preferencial por los pobres".

Este movimiento constituyó una de las páginas más destacables, pero al mismo tiempo dolorosas, de la historia de la vida religiosa en América latina. Hubo incompreensión y desgarramientos debidos a la reacción de ciertos estratos sociales que muchas veces no alcanzaban a comprender su significado. Pero, los sectores más dinámicos y abiertos al encuentro con un mundo necesitado de la cercanía de la Iglesia, pudieron sentir que ésta, a pesar de dar muestras de un compromiso realmente evangélico, constataba también que algunas de sus franjas no se hallaban preparadas para acompañarlos. Y, por otra parte, hubieron los excesos de aquellos que se dejaron llevar por esos impulsos que se generan en las horas de confusión. ¿Habrá que extrañarse de ello? Tal vez de lo que habría que extrañarse es de que esto no hubiera sucedido; aun si todavía hoy persiste alguna forma de cinismo para juzgar de aquellos hechos que, muchas veces y con verdadera injusticia, se cargaron sobre el Vaticano II.

Desde La Lucila de casitas coquetas, también un grupo de asuncionistas buscó emigrar hacia barrios pobres. Luis Ramón Rendón, Paul Smolders y Carlos Antonio Di Pietro se establecieron primero en el Barrio Luna, de Villa Tesei (Partido de Morón), en 1974; pero un poco más tarde, por circunstancias de mejor adecuación al proyecto que los animaba, el grupo se trasladó al barrio La Manuelita (San Miguel), donde se les agregaron Raúl Rodríguez y Jorge Adur. Detrás de todos estos hechos se dibujaba un fondo de injusticia, de aniquilamiento de la libertad, de depresión de las condiciones de vida de las clases medias y populares. Pero detrás de ellos estaban no sólo los problemas de una sociedad que se debate; la "doctrina de la seguridad nacional", impuesta por los Estados Unidos de Norteamérica, pretendía legitimar y sostener los regímenes militares que imperaban en América latina.

Era un clima caldeado igualmente por la agresión del comunismo, en pugna por alcanzar el control del poder mundial. Fidel Castro y la China de Mao asechaban. Más tarde se irán agregando a ese caldo bullente, en el plano internacional, los nacionalismos del mundo musulmán.

En medio de este ambiente que apenas insinuamos aquí, surgen en la Argentina las organizaciones guerrilleras, compuestas muchas veces por elementos de heterogénea procedencia ideológica, militando frecuentemente en curiosa amalgama de izquierdas y derechas. Se vivía un clima de gran confusión y engehecimiento. La violencia alcanzaba formas, procedimientos y niveles propios de la locura; tanto de parte de la guerrilla como de parte de la represión armada y la persecución ideológica hechas desde el Estado. Sin embargo, éste decía inscribirse en la línea de una filosofía "occidental y cristiana".

Un sector muy amplio de los cristianos siente la urgencia de estar presente allí donde se amasa la vida de los argentinos. Los religiosos y las religiosas, por su parte, pasando ineludiblemente por momentos duros, hacen un enorme esfuerzo para poner sus efectivos y recursos al servicio de una pastoral que tenga como destinatarios privilegiados a los sectores postergados. Es un esfuerzo que se hace más notable, sobre todo, en el traslado de personas y comunidades hacia los barrios periféricos de las grandes ciudades y las zonas más abandonadas del país. Empieza a ponerse en práctica, con notables aciertos y con los inevitables errores que supone semejante empresa, lo que el Episcopado latinoamericano llamará la "opción preferencial por los pobres".

Este movimiento constituyó una de las páginas más destacables, pero al mismo tiempo dolorosas, de la historia de la vida religiosa en América latina. Hubo incompreensión y desgarramientos debidos a la reacción de ciertos estratos sociales que muchas veces no alcanzaban a comprender su significado. Pero, los sectores más dinámicos y abiertos al encuentro con un mundo necesitado de la cercanía de la Iglesia, pudieron sentir que ésta, a pesar de dar muestras de un compromiso realmente evangélico, constataba también que algunas de sus franjas no se hallaban preparadas para acompañarlos. Y, por otra parte, hubieron los excesos de aquellos que se dejaron llevar por esos impulsos que se generan en las horas de confusión. ¿Habrá que extrañarse de ello? Tal vez de lo que habría que extrañarse es de que esto no hubiera sucedido; aun si todavía hoy persiste alguna forma de cinismo para juzgar de aquellos hechos que, muchas veces y con

verdadera injusticia, se cargaron sobre el Vaticano II.

Desde La Lucila de casitas coquetas, también un grupo de asuncionistas buscó emigrar hacia barrios pobres. Luis Ramón Rendón, Paul Smolders y Carlos Antonio Di Pietro se establecieron primero en el Barrio Luna, de Villa Tesei (Partido de Morón), en 1974; pero un poco más tarde, por circunstancias de mejor adecuación al proyecto que los animaba, el grupo se trasladó al barrio La Manuelita (San Miguel), donde se les agregaron Raúl Rodríguez y Jorge Adur.



Evocación
de la "vivienda"
por la que había
optado
la comunidad
asuncionista
de Raúl y
Carlos Antonio

(Santuario de
Nª Sª de Lourdes,
Santos Lugares,
Buenos Aires)

La violencia armada.

A finales de 1975, bajo el interinato presidencial del Dr. Ítalo Argentino Luder por enfermedad de la Presidenta, había comenzado en los bosques de Tucumán la lucha armada contra la guerrilla, que se desarrollará con toda su fuerza después que María Estela Martínez de Perón regrese a la Casa Rosada. Pero la Presidenta fue derrocada y substituída por la Junta de Comandantes del Ejército, la Marina y la Aeronáutica, presidida por el Tte. Gral. Jorge R. Videla e integrada por el Alte. Emilio E. Massera y el Brigadier Orlando R. Agosti; los mismos que, junto a otros altos jefes que los sucedieron en el poder, serán juzgados y condenados bajo el gobierno constitucional del Dr. Raúl R. Alfonsín.

A los ojos de los militares, lo que justificó el golpe fue la necesidad de terminar con la guerrilla e impedir el desmoronamiento del Estado, según propias confesiones. La guerrilla se terminó; pero el precio pagado fue increíblemente atroz. El poder pasó a manos militares; pero sería verdadero desatino pretender que a partir de ese momento haya sido ejercido en el respeto de la justicia.

A pesar de todo lo que se pueda argumentar como disculpa, hay que reconocer que también hubieron silencios. Algunos de los que entonces no hablaron han pretendido justificarse por el control que el poder ejercía sobre los medios de información. Sin embargo, algunos de esos medios no dejaban de dar discretamente el mínimo de información necesaria. Se puede saber mucho o ignorarlo todo, según el interés o las convicciones de cada uno; pero se sabe algo más que lo insuficiente, cuando no se cree que si alguien muere o desaparece "por algo será".

Por lo que se refiere específicamente a la Iglesia Católica, ésta es la época de la muerte del P. Carlos Mugica, de dos religiosas francesas, la Hna. Alice Domon y la Hna. Léonie Duquet, en Buenos Aires; de los sacerdotes Carlos de Dios Murias y Gabriel Longueville y de Mons. Enrique Angelelli, en La Rioja, disfrazada ésta última de accidente de tránsito, según comprobaciones del propio juez de la causa. Es la época, también, en que ocurre la masacre de la comunidad de palotinos, en la Parroquia San Patricio, de Buenos Aires, donde mueren en una noche, a tiro de fusil, los sacerdotes Alfredo Leaden, Alfredo Kelly y Pedro Dufau y

los seminaristas Salvador Barbeito y Emilio Barletti. Entre muchos otros, éstos son algunos de los hechos más sobresalientes. Las muertes de Carlos Antonio y de Raúl, de los Mártires Palotinos y de Mons. Angelelli tienen la particularidad trágica de haber ocurrido en seguidilla el 4 de junio, el 4 de julio y el 4 de agosto de 1976.

Por aquellos días, el Card. Raúl F. Primatesta, a la sazón Presidente de la Conferencia Episcopal, pidió al P. Roberto Favre, circunstancialmente a cargo de la Presidencia de la Conferencia Argentina de Religiosos, que ésta se abstuviera de realizar gestiones por cuenta propia, a fin de permitir al Episcopado la posibilidad de conducir unificadamente todo reclamo. La prudencia parecía aconsejar este modo de proceder; pero el Episcopado nada pudo averiguar ni pudo detener la violencia de la represión. Las desapariciones, las detenciones y las torturas siguieron al mismo ritmo; y se siguió espionando la catequesis, la enseñanza en los colegios y la predicación en las iglesias. "*Quis custodios ipsos custodiet!*", hubiera sentenciado una vez más Cicerón: "¡Quién custodiará a los custodios!", cuando éstos han decidido que todo medio vale si lleva a los resultados buscados.

Eduardo G. Kimel, en "La Masacre de los Palotinos", recuerda: "El padre Roberto Favre fue el encargado de hablar durante la Misa, en representación de la Conferencia Argentina de Religiosos (CAR), entidad de la que era Vicepresidente II. Sus palabras quebraron el tenso silencio que acompañó el acto litúrgico. Favre evoca aquella circunstancia y su discurso: 'Después de la lectura del evangelio habló un Padre palotino [Kevin O'Neill], del cual recuerdo la intensa emoción que lo sacudía en ese momento; era la voz del corazón, del compañero, del amigo... Yo hablé al final, para decir: *Estas muertes vienen a sumarse a otras, de todos los días, y a los innumerables desaparecidos de los que nadie sabe dar razón. Son hechos que constituyen una injuria a Dios y a la humanidad, y por eso no pueden dejarnos indiferentes en cuanto Iglesia...*

"Porque somos hombres y mujeres de fe -proseguía Favre en su alocución-, nos sentimos capaces de esperar por encima de las arbitrariedades y los pecados de los hombres. Pero con la serenidad y la fuerza que nos vienen de esa misma fe, queremos también reclamar de todos aquellos que tienen alguna responsabilidad, las actitudes que conduzcan finalmente a la defensa y el enaltecimiento de las formas y el derecho propios de la convivencia civilizada.

"Y Favre concluye su rememoración de aquella ceremonia: 'Cuando terminó la Misa, entre el grupo de sacerdotes que se retiraban, recuerdo haber oído de varios esta frase: *¿Quién será el siguiente?*'"

Y el siguiente pudo ser otro asuncionista. Dos días después del entierro de los palotinos, un grupo de personas que portaba armas largas y se trasladaba al menos en dos camionetas, se presentó en nuestra comunidad de Lourdes (Santos Lugares), también a eso de las 7 de la mañana, diciendo que ejecutaban un operativo conjunto del Ejército y la Policía Federal. Venían, según dijo la persona que los comandaba, a revisar la casa en busca de armas. Se les permitió la entrada y la revisión de todo lo que quisieron ver; pero al comenzar el operativo ya habían tomado ubicación en cada lugar de los alrededores de la casa y del Santuario. Como nada hallaron, se retiraron saludando amablemente. Tal vez el propósito que traían era el de atemorizar.

No estamos escribiendo la historia de los años 1976 a 1983 en la Argentina; el caso de Carlos Antonio y de Raúl es uno entre muchos otros. Para un asuncionista, lo que pasa antes de toda otra consideración es la relación entre ellos y nosotros -los asuncionistas- fundada en el común seguimiento de Cristo según el camino que parte de Manuel d'Alzon, Fundador de la Congregación. En el caso personal del que esto escribe, además, desempeña un papel especial la condición de testigo. Y una y otra cosa pasan ante todo por las razones del amor fraterno. En el apartado que sigue, presentaremos los hechos tal como sucedieron.

3. EL DESIERTO Y LA CRUZ.

Los hechos del 4 de junio.

La casa que los asuncionistas ocupaban en La Manuelita, desde donde desaparecieron Carlos Antonio y Raúl, fue el centro de uno de los ataques llevados a cabo por la violencia ejercida desde el Estado.

Lo que sigue a continuación es la transcripción del informe que el Superior regional de esa época remitiera al Nuncio Apostólico en Buenos Aires, después de los hechos, el 29 de julio de 1976. Dicho informe había sido pedido por el mismo señor Nuncio, vista la intervención de la Santa Sede en el asunto.

"Según testimonio de los vecinos del lugar, el viernes 4 de junio de 1976, aproximadamente a las 7 de la mañana, un grupo de personas llega hasta el lugar en varios automóviles. Los mismos visten ropa de fajina de tipo militar, portan armas largas y están comandados por un hombre vestido de civil. Mientras varias personas armadas quedaron apostadas en las inmediaciones con el propósito aparente de cerrar el paso, los demás rodean la casa, ingresan a la misma y, al cabo de aproximadamente media hora, se retiran todos. Al retirarse conducen consigo en los automóviles a los Hnos. Carlos Antonio Felipe Di Pietro y Raúl Eduardo Rodríguez, ambos profesos perpetuos, alumnos de teología del Colegio Máximo de San Miguel, de los Padres Jesuitas. Ellos son los únicos integrantes de la comunidad que en ese momento se encuentran en la casa. Las personas que realizan el operativo habrían retirado de la casa algunos bultos que aparentemente contendrían libros.

"Hacia las 11 y 45 del mismo día, el Superior regional de la Congregación es llamado por teléfono por el Hno. Di Pietro, quien dice querer saber dónde se encuentra el P. [Jorge] Adur, pues desea hacerle llegar un telegrama que le habría sido enviado a la casa donde habita.

"Hacia las 15 y 45 del mismo día, el Superior regional es avisado de los hechos por vecinos del lugar. Inmediatamente se pone en contacto con el señor Obispo de San Martín [a cuya Diócesis pertenecía San Miguel], para informarle de lo acontecido. Luego, con algunas personas de su confianza, evalúa los hechos. Dadas la violencia y la inseguridad que se viven en el país, la situación es considerada muy grave. Aparentemente el objetivo del operativo habría sido producir la detención del P. Adur.

"Posteriormente se sabe que el P. Adur, integrante de la comunidad, se oculta ayudado por algunos amigos. Una hermana suya es interrogada por personas que se dicen de la Policía Federal, el mismo viernes 4 de junio hacia las 10 de la mañana. La persona que comanda el grupo se identifica como el Inspector Quiroz, de Seguridad Federal. El grupo se mueve en dos automóviles marca Ford Falcon,

uno de éstos con chapa identificatoria B1056783. La hermana del P. Adur, que vive en la ciudad de Buenos Aires, fue buscada por este grupo de personas en el lugar donde trabaja.

"El otro integrante de la comunidad, el Hno. Luis Ramón Rendón, diácono, también se oculta ayudado por algunos amigos. Posteriormente se traslada a la República de Chile por disposición del Superior provincial.

"Al visitar la casa donde sucedieron los hechos, el Superior regional pudo comprobar desorden en papeles y libros.

"Un automóvil con dos hombres en su interior fue observado en los días siguientes al 4 de junio en las proximidades de una casa de familia que el P. Adur suele visitar".

Luego de hacer una interpretación de lo acontecido, el informe continúa. "Frente a la gravedad de los hechos y sus posibles consecuencias, se realiza una gestión ante la Nunciatura Apostólica, tendiente a asegurar la protección del asilo para el P. Adur.

"El señor Nuncio se encuentra fuera del país, y el Encargado de Negocios trasmite la petición a la Santa Sede". Movidado por diversas consideraciones que las circunstancias parecen aconsejar y por sugerencia del Encargado de Negocios - que ya ha recibido respuesta de Roma-, el Superior regional no hará uso de la protección solicitada, pero mantiene el pedido de asilo.

"El lunes 14 de junio, el Superior regional se entrevista con el Emmo. señor Presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, Card. Raúl F. Primatesta. Lo hace con el fin de informar e interesar al señor Cardenal por el caso de los religiosos asuncionistas y, como Vicepresidente 2º, en ese momento a cargo de la Conferencia Argentina de Religiosos por ausencia de su titular, para referirle otros casos similares que afectan a religiosos de otras Congregaciones e interesarlo por los mismos. El señor Cardenal se muestra preocupado por los hechos que se le refieren, recibe informes escritos sobre los mismos y asegura que se hacen gestiones ante las autoridades.

"Entre tanto, ciertas personas nos informan que los Hnos. Di Pietro y Rodríguez

fueron detenidos y estarían en dependencias de la Marina", aunque nunca pudo comprobarse la exactitud de estas informaciones, que permanecen como dudosas.

"El Superior regional ha interpuesto recurso de *habeas corpus* ante el Juzgado Federal Nº 3 de la ciudad de San Martín, a favor de los Hnos. Di Pietro y Rodríguez. El mismo fue presentado ante el Ministerio de Defensa Nacional y la Policía Federal. La Policía Federal ha respondido que el Hno. Rodríguez no se encuentra en dependencias de la misma".

Respecto del P. Jorge Adur, el informe del Superior regional agrega que "ha viajado a Roma [...] el martes 20 de julio" y su salida del país "no registró inconvenientes de ninguna naturaleza. Pero es de hacer notar que en todo momento se contó con la preocupación del señor Nuncio Apostólico, Mons. Pío Laghi, quien lo hizo conducir hasta el aeropuerto en su automóvil, acompañado por personal de la Nunciatura", después de haber gestionado personalmente el otorgamiento del pasaporte al mismo.

Vista la ausencia de respuesta satisfactoria de parte de las autoridades, "el Superior regional ha reiterado la presentación del recurso de *habeas corpus*", sin resultado positivo; pero recibiendo respuestas verbales que parecían sugerir que no se ocupe más del asunto. Más tarde, el 28 de junio de 1984, el P. Vicente De Luca denunció el caso ante la Comisión Nacional presidida por el escritor Ernesto Sabato, que investigó la desaparición de personas en la Argentina (Exp. Nº 2244), y otras personas hicieron lo mismo.

Un proyecto de "desierto".

Hacia principios de 1976, Carlos Antonio y Raúl habían concebido un proyecto que presentaron al Superior regional, entre marzo y mayo de ese año. Éste, después de un intercambio de pareceres con el Provincial, lo había autorizado con algunas modificaciones.

Se trataba de un tiempo de "desierto" -como ellos lo llamaban- "entendido como un tiempo de oración y reflexión para buscar la voluntad de Dios y responderle de un modo personal". Tiempo de "desierto" y de soledad eremítica en un lugar apartado del Sur patagónico, donde vivirían del cuidado de ovejas en una de las extensas propiedades rurales que caracterizan las actividades del campo en la Patagonia

austral -latifundios en zonas semidesérticas- dedicadas a la crianza de ganado ovino. Aquella soledad era buscada por ellos como medio para "entregarse a un 'cara a cara' con Dios".

Para los responsables de la Congregación, no resultaba claro el por qué de tal proyecto, si se tenía en cuenta, como parecía lógico, que la "voluntad de Dios" se había manifestado para Carlos Antonio y Raúl en el seguimiento de Cristo según el modo de vida asuncionista. Para ellos, sin embargo, respondía a la "necesidad de vivir con mayor intensidad el aspecto contemplativo de su relación personal con Dios", en orden a "profundizar esa relación y la propia vocación". No se trataba, pues, de un "experimento" en vistas de un "replanteo vocacional", sino de un "paréntesis" que veían como exigido por Dios para sus vidas".

Los superiores en la Región dialogaron con Carlos Antonio y Raúl y analizaron con atención lo que éstos pedían. De modo que fueron formándose la idea de que el camino de búsqueda y discernimiento seguido por ambos no lograba sacar de la penumbra algunos aspectos del proyecto. Fundamentalmente, se preguntaban qué sentido podía tener la propuesta; pero, además, no los satisfacían del todo las condiciones en las cuales Carlos Antonio y Raúl lo enmarcaban.

A pesar de esos aspectos inciertos, les pareció que no debían oponerse, con tal que quedara en claro el espíritu con que deberían encarar el proyecto: Búsqueda en comunidad; encuadramiento del proyecto en la vida de la comunidad regional; no quedar Carlos Antonio y Raúl separados de la comunidad; disponibilidad y solidaridad con los demás religiosos y comunidades asuncionistas de la Región. Por otra parte, el permiso que se les concedería estaría condicionado a un tiempo menos prolongado (tres meses) y a un lugar que permitiera al Superior regional seguir la realización del proyecto, a fin de acompañarlos en un discernimiento más atento.

El proyecto de "desierto" de Carlos Antonio y Raúl había nacido probablemente de la participación que éstos tenían en Soledad Mariana. Esto es lo que parece desprenderse de la correspondencia de Carlos Antonio y de Raúl, mantenida con algunas personas. Soledad Mariana era "un movimiento espiritual mariano contemplativo", se lee en esas cartas, y estaba liderado por el P. Bernardo Olivera, monje trapense de Azul (Prov. de Buenos Aires), hoy Abad general de los Cistercienses de Estricta observancia.

Los pasajes epistolares que hemos tenido a la vista son muy breves y no contamos hasta ahora con otros testimonios respecto de la relación de Carlos Antonio y de Raúl con Soledad Mariana. Sin embargo, de la lectura de los mismos se desprende algo que nos lleva a comprender mejor el estado interior de Carlos Antonio y de Raúl en ese momento culminante de sus vidas.

Soledad Mariana, "desierto", contemplación.

"Soledad Mariana es grande -dice Raúl- y estamos embarcados en ella, con gozo, con cruz, con oscuridad, pero es una savia que se derramará para la Iglesia y mucho más [...] Una disposición a ser despojados me parece fundamental. Ya no nos pertenecemos más; y si no somos nosotros, cristianos, quienes se dispongan para que el Señor haga lo que quiera, quién lo hará" (21.3.76). Antes había escrito: "Tengo la convicción que el trabajo que debemos hacer es muy interior, de purificación, de decantación, de hacernos pequeños para que se haga grande la obra del Señor" (4.2.76). En efecto, "el Señor nos quiere sencillos, pobres, dóciles, tremendamente humildes y tan enamorados de Él que no titubeemos en regar con nuestra propia sangre las semillas del Reino que son sembradas a cada instante y en todo lugar" (4.2.76).

Por su parte, Carlos Antonio, después de reconocer la sabiduría de Dios, manifestada en los "tiempos hermosos y llenos de vida y de luz" por los que está pasando, expresa lo que Soledad Mariana representa para él: "Para mí, SM es un regalo del Padre y María la encargada por medio tuyo de enseñarlo a querer" (29.4.76).

Al leer estos escritos, se percibe que para ellos, en SM, la Iglesia es como el lugar donde crece la esperanza. En efecto, SM "es una savia que se derramará para la Iglesia y mucho más"; por eso, "te puedo decir -agrega Raúl- que tengo muchas esperanzas, en la Iglesia, en nosotros, en Soledad Mariana" (26.2.76).

Respecto del proyecto de "desierto", Raúl escribe: "[...] lo único que sabemos es que el Señor nos quiere haciendo un desierto y por el momento no hay más cosas claras. Es muy fuerte en nosotros esta 'misión' [...]"; pero "en cuanto a las características en principio pensamos en trabajar con ovejas, orar y disponernos a un encuentro privilegiado y desnudo con el Señor Vivo. Ardo en deseos de

realizarlo" (Pascua 76).

"Me imagino que nuestra misión -escribía Raúl- va a ser desde el silencio, desde la cruz. Mirando al mundo y todo lo que acontece, pienso que la Iglesia necesita de hombres y mujeres que se dejen traspasar, no sólo por la mirada del Padre y de los hombres, sino también por los mismos clavos de la Cruz. Creo que esa sería una forma del martirio que entreveo, y que te decía en otra carta [del 4.2.76]. No es una idea fija, pero siento que es necesario dejarnos amasar y transformar totalmente por Dios. Sangrar sin sangrar, llorar sin llorar, o sea, ser totalmente redimidos para ser medios de redención" (21.3.76).

Y Carlos Antonio: "[el 'desierto'] es cosa de obediencia al Padre y su voluntad" (29.3.76). "El viernes 21 tuve la certeza de que llegaba a su término una etapa y comenzaba otra. A las 3 de la mañana de ese viernes, yo estando durmiendo plácidamente, me despertó como una voz que me indicaba que debía levantarme a orar; me levanté y oré no sé cuánto tiempo; allí comenzó la certeza. Luego, a la tarde del 21.5 hablando con X la certeza era enteramente confirmada. Hoy te lo puedo asegurar más aún" (24.5.76).

Y agregaba Carlos Antonio: "El Desierto: ya está entre nosotros y nosotros en él. Aún falta el lugar físico. Pero esto es un desierto y nada agradable, es un lío esto de caminar a oscuras y tropezando por no aferrarse a la LUZ" (24.5.76).

Raúl expresaba: "Estamos llamados a ser contemplativos"; pero el fruto de esta contemplación será la confianza y la entrega "en las manos del Padre", para "hacer visible que Cristo resucitó" y "dar testimonio del poder y la dulzura del Espíritu Santo" (4.2.76). La contemplación se concibe como un crecimiento en la línea de la gracia que conduce al hombre hacia la liberación y la plenitud de la vida: "Estamos llamados a matar los ídolos que nos engañan, para ser plenamente humanos y por lo tanto estar en íntima comunión con la Trinidad y con los hombres. Estamos llamados a ser contemplativos" (4.2.76).

Pero la unión con Dios lleva a la transformación: "Compruebo día a día -escribía Carlos Antonio- que *mi vida* se me escapa y entra otra, por ahora ajena a mí, que me invade y me dilata hacia *Arriba* y los *costados*" (29.3.76).

El martirio.

El temor está muy presente; lo cual quiere decir que tenían conciencia de las asechanzas, peligros y exigencias. "Por mi parte -decía Raúl-, camino en mucha oscuridad, me siento bastante débil y sé que el malo me acosa por todos lados" (11.5.76). "El maligno ronda y se mete por cualquier lado, lo siento en mí y en los demás [...] Trato de reírme de él, pero sé que me quita palabras, que me quita lucidez, que me quita fuerza". Al mismo tiempo, sin embargo, "también sé que Cristo resucitó y que desde su Eón [Ver Hb 6, 5], puedo balbucear mi amén y así lo hago (Pascua 76).

Carlos Antonio, refiriéndose al proyecto de "desierto", escribe: "Estoy muy feliz, pero muy dentro del corazón noto un miedo a algo muy nuevo y con cruz del Señor y enseñanza de María" (29.3.76). Y un poco más tarde agrega: "Pero esto es desierto y nada agradable [...] Veo [...] que tengo un miedo constante pero también una esperanza ciega y una Fe que el Señor me regala día a día que no me deja temer. Es raro, hay miedo dentro mío pero no temo. Él está asechando" (24.5.76).

No obstante, el miedo se transforma en seguridad y abandono ante la acción de Dios que obra, y Carlos Antonio escribe: "La incondicionalidad [ante la voluntad de Dios] trae aparejada mucha soledad que cuesta porque no gusta y es vacía; mucha oscuridad, muchas veces temible; mucho desgarramiento doloroso y sin sentido. Pero pienso que no hay que darle demasiada importancia a las cosas en sí mismas, sino que viéndolas en un contexto de historia de Salvación y amor, aun la cruz más grande se torna medio y se relativiza en función de la resurrección. Tratá de leer en Mateo la ANUNCIACIÓN a José [...] todos somos José" (5.4.76). Pero "tenemos plena conciencia con R[aúl] que esto ya no es nuestro, sino bien de Dios y que *nuestra* propia vida ya no es nuestra sino del Señor. Son tiempos difíciles pero hermosos. Espiritualmente me siento muy igual a Jesús en su *subida a Jerusalén*, sabiendo que lo que le espera es difícil pero no puede dejar de hacerlo porque la hora se acerca" (29.3.76).

"¡Creo firmemente que la Cruz del Señor -dice Raúl- cubre con su sombra no sólo nuestras vidas, sino toda la realidad del país y del mundo, y donde hay cruz hay resurrección, por lo tanto Aleluya!" (Pascua 76).

¿Qué parte tiene en este temor -parece querer preguntarse Carlos Antonio- la presencia del propio pecado? "Compruebo día a día que *mi vida* se me escapa y

entra otra, por ahora ajena a mí [...]" (29.3.76). ¿Qué quiere decir cuando escribe *ajena* a mí?

Llama la atención la insistencia de ambos en el sufrimiento, la cruz, el martirio. Pero la cruz y el martirio aparecen en un contexto más amplio del que podía instalar la sola presencia de la violencia represiva; aun si en 1996 parece que el contexto instaurado por el régimen de aquellos años es el que le confiere un sentido más pleno a esa insistencia y la transforma en algo que se asemeja a una expectativa más o menos cercana. ¿Trabajo de Dios en el alma de hombres de fe profunda, que la gracia va preparando para la entrega total y definitiva? "Presiento que el desierto se amplía [...] Espiritualmente me siento muy igual a Jesús en su *subida a Jerusalén*, sabiendo que lo que le espera es difícil pero no puede dejar de hacerlo porque la hora se acerca", dice Carlos Antonio (29.3.76). "El Señor nos quiere [...] tan enamorados de Él que no titubeemos en regar con nuestra propia sangre las semillas del Reino", escribe por su parte Raúl (4.2.76).

"La gloria del cristiano nunca fue el éxito, sino la Cruz de Cristo. La Iglesia es fecunda cuando tiene mártires. Hoy los hay, no sólo en el derramamiento de sangre sino de mil maneras. Y creo que el Señor nos quiere tan enamorados de Él que no nos importe ni el cómo, ni el cuándo de nuestra Cruz, sino una total incondicionalidad a su voluntad", se explica Raúl (26.2.76). Y luego agrega: "Me imagino que nuestra misión [refiriéndose al "desierto"] va a ser desde el silencio, desde la cruz. Mirando al mundo y todo lo que acontece, pienso que la Iglesia necesita de hombres y mujeres que se dejen traspasar, no sólo por la mirada del Padre y de los hombres, sino también por los mismos clavos de la Cruz. Creo que esa sería una forma de martirio que entreveo" (21.3.76).

El tono con que Carlos Antonio y Raúl se expresan difiere un poco. Raúl lo hace con mayor entusiasmo y hasta alguna exaltación; pero tropieza a veces con la mezquindad de las palabras para traducir su experiencia interior. Carlos es más sereno; pero, al mismo tiempo vuelca sus convicciones de forma más rotunda. Si bien algunas expresiones resultan más bien oscuras, como cuando Carlos Antonio habla de "desgarramiento doloroso y sin sentido" (5.4.76), es firme la certeza de que el proyecto de "desierto" viene de la fe y es querido por Dios, aunque ellos experimenten oscuridad y temor. Si el martirio pasa por el proyecto de "desierto", hay en ambos una conciencia clara de cruz.

"La paz de Jesús".

Los hechos del 4 de junio de 1976 impidieron que el proyecto de Carlos Antonio y Raúl se realizara; pero ¿qué pudo significar ese proyecto, de haber tenido lugar? Lo que parece desprenderse de la lectura de estos pasajes de cartas es que fue al menos una preparación para lo que vendría. Sólo Dios conoce los caminos por donde estamos llamados a transitar y, aun si el proyecto de "desierto" no hubiera estado en los planes de Dios, parece que hoy debemos creer que les aportó el "fuego interior" y la fuerza del Espíritu que los preparaba para enfrentarse con los "clavos de la cruz" y de la muerte cruenta por el testimonio de Cristo.

Nosotros no imaginamos ciertos hechos, por cierto. Pero aquellos hechos que se inscriben en nuestra historia personal reciben sentido desde la fe. No existe otra manera cristiana de ver la vida, que desde la fe. Las vidas de Carlos Antonio y de Raúl hacen resplandecer esta verdad. Y para los asuncionistas, que marchamos a su lado en el seguimiento de Cristo y los vimos crecer en el espíritu de Manuel d'Alzon, son testimonio de amor, de esperanza, de gozo. Para la Iglesia son un llamado a sostener la confianza en el Reino de la justicia y de la paz, como realidad que nace desde la Cruz. Por eso, también, el perdón y la acción de gracias son lo único que tiene sentido ante estas muertes.

La fe de Carlos Antonio y de Raúl se hizo abandono a la voluntad de Dios; entrega al servicio del Reino; obediencia radical a Dios, bajo la forma de cumplimiento de lo que Él les anunciaba con sus señales y de disponibilidad para lo que pudiera venir de parte del Padre. Pero esa fe los ponía en estado de apertura a la cruz, más allá de lo que ellos mismos podían sospechar. Era la cruz de la fidelidad cotidiana, de las contradicciones llenas de dolor; de la purificación interior; y la cruz del martirio, que se insinuaba en el horizonte.

Esta fe tan viva se hacía esperanza ardiente y eclosión del amor. Esperanza en la Iglesia de Cristo y la Asunción ("Ya ves que la Asunción atraviesa una verdadera Pascua": Raúl, 11.5.76). Amor de los hombres concretos invitados al Reino.

Fe y encuentro. Abandono e intimidad. Comunión establecida en el amor. Urgencia de purificación. Vislumbre de un "cara a cara". Tal pareciera ser la ruta de sus vidas interiores y la síntesis de su espiritualidad. Cuando caiga la cruz como zarpada, será la Paz resumida en el único nombre: "¡Que la paz de Jesús esté con

vos! ¡Que la paz de Jesús esté con vos!" ⁽¹⁾

CONCLUSIÓN

El "crimen" de Carlos Antonio y de Raúl queda descrito en lo que se acaba de narrar. En esta descripción han hablado casi exclusivamente los informes que los superiores religiosos deben hacer normalmente para la promoción a las Órdenes sagradas y la Profesión religiosa de los jóvenes en formación. De esos informes provienen los testimonios ofrecidos por algunas personas y citados en este escrito. Para el autor de estas páginas no ha sido difícil interpretar la mencionada información, ya que todos esos documentos debieron ser estudiados por él, en función del cargo que entonces tenía, antes de remitirlos para su aprobación por parte de los Superiores Mayores. Pero, además, él mismo fue quien debió conducir las gestiones que debieron hacerse en el país después de la desaparición de Carlos Antonio y de Raúl y en torno de la situación del P. Jorge Adur.

Si he querido brindar este testimonio es porque pienso que se lo debía a muchos hermanos y amigos. Y se lo debía a ellos, con quienes compartí la maravillosa aventura de la vocación asuncionista y en quienes encontré el amor de Cristo.

Este escrito, por otra parte, quiere ser un testimonio personal destinado a servir a la verdad sobre Carlos Antonio y Raúl. A la verdad y a la memoria de ellos. Hacer memoria de los mártires es guardar su testimonio viviente; guardarlo para la vida de los que marchan detrás. Callarse significa silenciar el pasado y matar las raíces. Cristo hizo de la Eucaristía su memoria.

El perdón -sin el cual no existe reconciliación ni amor cristiano- es exigencia de la razón y de la fe. Pero el perdón, que se otorga y se recibe por amor, exige la verdad: "En efecto, la cólera de Dios se revela desde el cielo contra la impiedad y la injusticia de los hombres que aprisionan la verdad en la injusticia" (Romanos 1, 18). La verdad sobre la suerte de Carlos Antonio y de Raúl, lo mismo que en el caso de muchos otros que murieron violentamente en la Argentina, aún seguimos aguardándola.

(1) Palabras de Carlos Antonio al Superior regional, pronunciadas el 4 de junio de 1976 al terminar la conversación telefónica citada más arriba.